

LUISA ZANELLI LOPEZ

-7- 11(585-17)

**EL
TELESCOPIO
DE
DOÑA
MODESTA**

COMEDIA COMICA EN UN
ACTO Y DOS CUADROS

**Basada en prácticas astrológicas
y astronómicas para personas lite-
ratas y amantes de lo esotérico**

EDITORIAL "CULTURA"

Huérfanos 1165 - Casilla 4130.

Santiago de Chile

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Luisa Zanelli López

El Telescopio de doña Modesta

**Comedia cómica en
un acto y dos cuadros**

*Basada en prácticas astrológicas
y astronómicas para personas
literatas y amantes de lo eso-
térico.*

Comedia

EDITORIAL "CULTURA"

Casilla 4130

Santiago de Chile

Luis Zanelli López

El Telescopio de doña Modesta

Es Propiedad
Inscripción No. 5377

Basada en prácticas astrológicas
y astronómicas para personas
literatas y amantes de lo es-
tético.

EDITORIAL CULTURA
Calle 119
Santiago de Chile

VISITACION

IMPRESARIA Y SUPLICADO

OCT 30 1941

VERBOSITO LEGAL

OBRAS DE LA AUTORA

**Dedicada a mis amantes
y buenas sobrinitas, Carmen
y Margot Vigar Zanelli.**

La Autora



OBRAS DE LA AUTORA

- I. Sentimientos vencidos. (Comedia de tesis). Escrita en mayo de 1919 y publicada en marzo de 1922. Esta obra fué estrenada el 22 de junio de 1937 en el Teatro Municipal de Santiago.
- II. El Sugestionador. (Comedia cómica). Escrita en abril de 1936 y estrenada en diciembre de 1937 y publicada en marzo de 1941.
- III. El Telescopio de Doña Modesta. (Comedia cómica). Escrita en febrero de 1937 y estrenada en marzo de 1937.
- IV. Su Amor. Argumento de película. Escrito en enero de 1921. (Inédito).
- V. Madre e Hija. (Drama). Escrito en septiembre de 1938 y estrenado en julio de 1940.
- VI. Don Amorfo el Rígido. Revista cómica bataclánica. Escrita en enero de 1938. (Inédita).
- VII. Billy o la historia de un negro. (Drama). Escrito en marzo de 1940 y estrenado en mayo de 1940.
- VIII. Omar. (Drama). Escrito en octubre de 1940 y estrenado en diciembre de 1940.
- IX. Dr. Mari José. (Comedia cómica, en un acto). Escrita en junio de 1940. (Inédita).
- X. La poetisa. (Comedia en 2 actos). Escrita en 1923. (Inédita).
- XI. Ljubimir. (Drama policial). Escrito en marzo de 1941. (Inédito).
- XII. Antonio. (Drama de amor filial). Escrito en diciembre de 1940. (Inédito).

PERSONAJES

Doña Modesta de Pantojas	50 años
'' Emilia Pantojas	29 ''
'' Cecilia Pantojas	27 ''
Genaro Perales	30 ''
Jaime Manzano	29 ''
Doña Rosario Aceituno	48 ''
'' Mercedes Aceituno	46 ''
Peta (criada de las Pantojas)	15 ''

* * *

ACTO UNICO

Decorado.—Hall, amoblado sin gusto y con pretensiones de elegante, en casa de las Pantojas.

Una puerta al foro que da a la calle. Una puerta a la derecha que da a las piezas interiores de la casa. Una puerta a la izquierda que da a las dependencias del servicio. Al fondo, hacia la derecha, unas escalerillas que conducen a un mirador, donde está, ante un ventanal, un pequeño telescopio con un trípode movable.

Es Invierno, son cerca de las cinco de la tarde.

Al levantarse el telón, la escena está a oscuras. Doña Modesta de Pantojas descansa medio recostada en el sofá. Viste abrigo largo obscuro. Entra la Peta, criada de las Pantojas, bruscamente, a buscar un plumero.

SECCION CONTRA

Y

CATALOGACION

ESCENA I

Modesta y Peta entrando por la izquierda, enciende la luz.

Modesta.—¿Qué buscas? Te he dicho hasta el cansancio que no me molestes cuando estoy pensando.

Peta.—Es que me le ha perdido el plumero, y por siaca, vine pacá pa buscarlo.

Modesta.—(*En voz alta*).—Retírate inmediatamente, y que no vuelva a repetirse esto.

Peta.—Está bien, patrona; (*encuentra el plumero en un rincón*).—Me voy amarral este gallito del plumero a las pretinas, (*refiriéndose al plumero*), pa que no se me le esconda otra vez. (*Mutis por la izquierda*).

ESCENA II

Modesta y Cecilia entrando por la derecha

Cecilia.—No te disgustes, mamá; se te pueden dispersar las ideas; no le des importancia a las vulgaridades de la vida.

Modesta.—Si esa muchacha lo hace adrede; tendré que encerrarme con llave para poder pensar tranquila.

Ahora que me acuerdo, toma lo necesario para escribir, porque voy a dictarte una carta para la Carmen de Burgos.

Cecilia.—Al momento, mamacita. (*Se sienta en la silla del escritorio, busca los adminículos necesarios, mientras dice:*) ¡Por fin voy a salir de la curiosidad, que ya has pensado dicha carta como dos semanas!

Modesta.—Pronto, escribe pronto, que puede olvidárseme.

Cecilia.—Empieza; ya estoy lista.

Modesta.—(*Dictando*).—Santiago de Chile, a diez de agosto de mil novecientos treinta y uno.

Señora Carmen de Burgos.—Madrid.

Distinguida colega y amiga: Cuando se han mirado las cosas grandes de la vida con el mismo telescopio y las cosas

pequeñas de la vida con el mismo microscopio bien puedo decir, que yo y usted, somos dos almas gemelas. Punto y aparte.

Cecilia.—(Repitiendo).—Punto y aparte.

Modesta.—Le incluyo copia de mi último trabajo literario, intitulado: "Se puede o no se puede" entre comillas y punto seguido.

Cecilia.—(Repitiendo).—Punto seguido.

Modesta.—Como usted verá, se trata de un tema de suma importancia social y psicológica, porque en él, he desmenuzado el problema de las fuerzas morales positivas y negativas y la idiosincrasia de la turbamulta inculta, a la cual le falta mucho aún para llegar al grado de refinamiento intelectual y psíquico a que ha ascendido la que suscribe punto aparte.

Cecilia.—(Repitiendo).—Aparte.

Modesta.—Por certificado le envío la mitad de la pluma con que escribí "Se puede o no se puede" entre comillas.

Cecilia.—(Repitiendo).—Entre comillas.

Modesta.—Para que usted la conserve; porque dicho trabajo literario, me colocará en la cúspide de la fama y será comentado en el orbe entero. punto aparte.

Cecilia.—(Dejando de describir).—Espérate, mamá; voy a seguir en otra hoja.

Modesta.—Lamentando no disponer de más tiempo, debido a mis múltiples actividades cerebrales, queda su colega chilena, coma.

Cecilia.—(Repitiendo).—Chilena, coma.

Modesta.—Que está dispuesta a contestar cualquiera pregunta y consejo que usted necesite de mí, porque mi generosidad va a la par que mi superioridad.

Cecilia.—(Repitiendo).—Superioridad.

Modesta.—Las mujeres cerebrales somos siempre generosas. punto aparte. Deseando que usted pueda algún día llegar a ser tanto como ella en las letras hispanas, se despide su A. y S. S. Modesta de Pantojas. Naturalmente que la firmaré yo y mañana se despachará.

Cecilia.—(Levantándose a abrazar a su madre).—¡Bravo, mamacita; estupendo, colosal! ya veo la admiración

que causará a Carmen de Burgos tu inspirada carta; el párrafo del telescopio le va a llegar al alma.

Modesta. — (*Con importancia*).— Gracias, hija. Así verá que en Chile existe MODESTA DE PANTOJAS, que la supera a ella en mucho hasta en Astronomía.

Y para que sepas cuán justa es tu admiración por mí, te diré que como hoy es nuestro día de recibo, voy a preparar a los invitados una grata sorpresa.

Cecilia.— (*Curiosa*).— ¿Cuál será, mamá?

Modesta.— No seas tan curiosa; ya te enterarás. Búscame entretanto el sobre con el membrete del Ateneo de Madrid.

Cecilia.— ¿Ese sobre que recibiste con el Reglamento de dicho Ateneo, y que tú mandaste pedir?

Modesta.— Precisamente. Tráemelo y avisa a la Peta, que venga, para darle ciertas instrucciones (*con facha*).

Cecilia.— Voy volando. (*Aparte*).— ¿Qué se propondrá mi mamá con esto? (*Mutis izquierda*).

ESCENA III

Modesta.— (*Se levanta y se sienta en la silla del escritorio*).— ¡Cómo me van a admirar! ¡Cuántas felicitaciones iré a recibir! Y como arderán de envidia mis conocidas que tienen la chifladura de dárselas de literatas; pero esas infelices no me llegan a mí ni al talón. Bien visto que todo esto es bien poco para lo que yo me merezco.

ESCENA IV

Modesta y Cecilia entrando por la izquierda, luego la Peta también por la izquierda.

Cecilia.— La Peta, ya viene. Aquí tienes el sobre, mamá.

Modesta.— Pásalo, (*lo coge*).

Cecilia.— Ahora, oriéntame por favor, ¿qué piensas hacer?

Modesta.— No me preguntes nada. Confía en mi talento, y te sentirás orgullosa de tu madre. (*Saca una carta*

doblada del cajón del escritorio y la introduce en el sobre; la reengoma y la cierra).

Peta.—(Entrando por la izquierda).—Diga, patrona. ¿Se le pasó el enojo conmigo?

Modesta.—(Amistosa). — No te acuerdes de eso. Como eres muy habilosa, te voy a encargar algo, que tienes que hacerlo tal como yo te lo explico.

Peta.—Mande no más, patrona; pa eso estoy aquí, pa selvile no más.

Cecilia.—(Aparte).—Al fin, voy a enterarme de algo.

Modesta.—Escúchame con atención, Peta. Como sabes, hoy sábado es nuestro día de recibo y pronto llegarán las visitas.

Peta.—Cómo no lo voy a saber, cuando toitos los sábados pasa lo mesmo.

Modesta.—Te voy a entregar una carta, para que cuando estén las visitas reunidas aquí, y yo tosa fuerte, vas tu a la mampara, la abres despacio y tocas el timbre, después, cierras fuerte la mampara, llegas a mi lado y me pasas la carta, diciéndome que el cartero la trajo para mí. ¿Entiendes?

Peta.—¿Y si me le equivoca?

Modesta.— No puedes equivocarte. Mira, si lo haces bien, mañana domingo te mando al biógrafo a ver la matinee y te regalo un peso para dulces.

Peta.—(Contenta).—¿Darán alguna vista de convoyes?

Modesta.—Sí; una de Tom Mix.

Peta.—(Saltando).—Y montado en su caballo blanco correrá a los bandidos y les tirará balazos. ¡Ay! patroncita linda, ígame de nuevo toíto lo que tengo que hacel, porque me derrito por Tommí.

Modesta.—Pero Peta, por Dios, ¿no te enteraste con mis explicaciones?

Peta.—Claro, patroncita; si ya lo sé toíto. Cierro la puerta fuerte y después toco el timbre; me queo ajuera esperando al caltero pa entregale la carta y priduntarle si es pa mi patrona.

Cecilia.—(Poniéndose las manos en la cabeza).—¡Jesús!, qué enredo formaste.

Modesta.—Pero Peta, si has dicho todo al revés.

Peta.—(Avergonzada).— Perdón, patroncita, es que

del tremendo gustazo de ir al bidógrafo se me le confundió. Repítamelo ahora que no se me le olvidará ma.

Modesta.—Pon mucha atención; porque si te equivocas de nuevo, te quedas sin matinée mañana.

Peta.—Virgen del Carmen, que no se me orvíe, que no se me orvíe. Igame no más, patroncita.

Modesta.—Llevas la carta en el bolsillo, cuando yo tosa fuerte, abres la mampara despacito y tocas el timbre; después cierras de golpe la mampara, llegas a mi lado y me pasas la carta, diciéndome que el cartero la trajo para mí. (*Esto se lo dice muy marcado, y Peta va repitiendo mentalmente la lección*). ¿Entendiste bien todo?

Peta.—No me iga na má, mejol, patrona, va vel cosa güena.

Modesta.—Ahora, anda a cambiarte delantal y a ordeñarte, porque ya es hora que empiecen a llegar nuestras amistades. ¿Tienes ya preparada la limonada y el pan de miel, con que vamos a obsequiarlas? Cuidado con comerte una tajada de pan o tomarte la limonada, pues los limones están sumamente caros.

Peta.—¡Pa lo que me gustan! A la limonada me hacen echale poca azúca y el pan de miel, como es tan negro, me parece estuviera mosqueado.

Modesta.—Mañana comerás dulces a tu gusto; apúrate en cambiarte; toma la carta y asegúrala bien.

Peta.—(*Cogiendo la carta*).—Pierda cuidado; ya verá quien es la Peta pa cuando se antoja de comel cosas ricas (*Mutis por la izquierda*).

ESCENA V

Modesta y Cecilia

Cecilia.—¿Quieres decirme al fin, que te propones con todos estos misterios?

Modesta.—Sencillamente, dar mi gran golpe, haciendo creer a nuestras amistades, que mantengo correspondencia con el Ateneo de Madrid.

Cecilia.—Sorprendente, genial; así a lo ojos de Man-

zano y Perales, ganaremos, mi hermana y yo, por ser hijas de una gran literata, de fama hasta en Madrid.

Modesta.—No me hables de Manzano ni de Perales, sino quieres darme un disgusto; ya sabes mi opinión sobre los hombres.

ESCENA VI

Emilia y Cecilia

Emilia.—(Entrando por la derecha).—Pero mamá, y tú, Cecilia, todavía sin arreglarse, y ya son las cinco y media. (Viste traje elegante de casa).

Cecilia.—Tienes razón; iré a cambiarme vestido y a echarme una manito de gato. (Mutis derecha).

ESCENA VII

Modesta y Emilia

Modesta.—Charlando de literatura, mi tema predilecto, no me dí cuenta como voló el tiempo; no puedo desabrigarme por mi resfriado; pero iré a componerme el peinado y el rostro, porque una literata de mi fama, debe presentarse lo mejor posible ante sus admiradores. (Mutis derecha).

ESCENA VIII

Emilia, luego Peta y Perales

Emilia.—Literatura y siempre literatura; a mí, denme marido, 13 hijos que me amen y con ellos sentirme dichosa; no quiero ponerme chiflada como está mi pobre mamá; Cecilia siente admiración ciega por ella como escritora y yo, la verdad, no la considero gran cosa. En fin, allá ellas; las dos son parecidas en el carácter y en ideas. Se avienen tanto. Yo fui la regalona de papá y nos comprendíamos; desde que él

murió me siento aislada en esta casa. Quisiera casarme pronto; ya tengo veintinueve años y el tiempo corre; Genaro Perales me pololea y me agrada mucho. El sábado pasado me dijo que deseaba casarse, lo que es buena seña, y ¿si se casara conmigo? Lo malo es que mamá tiene sus ideas contra el matrimonio; pero yo lucharé todo; antes de quedarme solterona.

(*Sueña el timbre*). (*Peta con traje negro, delantal y cofia blanca, saliendo por la izquierda, atraviesa la escena para ir a abrir la puerta*).

Emilia.—Yá empiezan a llegar los habitués. ¿Quién de ellos será?

Peta.—(*Entrando por el foro*).—Ñorita, ei ta ño Perales.

Emilia.—(*Contesta*).—Hazlo pasar al momento.

Peta.—(*Asomándose al foro*).—Entre no más; la ñorita Emilia está solita. (*Aparte a Perales que entra por el foro*).—Apúrese en platical la amistad, antes que venga y se la corte mi patrona. (*Espiándolos y sonriéndose hace mutis por la izquierda*).

ESCENA IX

Emilia y Perales

Perales.—(*Saludando a Emilia cariñosamente*). Buenas tardes, Emilita.

Emilia.—Tanto gusto de verlo, temía se hubiese olvidado de nosotras. Siéntese aquí. (*Le indica una silla a su lado*).

Perales.—(*Sentándose*). ¡Eso nunca! Si no vengo más seguido, es únicamente por temor de molestar a su mamá, pero, si por mí fuese, me pasaría a su lado, porque usted sabe Emilita, cuánto me agrada su conversación y su personita.

Emilia.—Es usted muy amable, Perales; a mí también me agradaría verlo más seguido, pero qué quiere usted, mamá manda y yo soy tímida, como fué papá... y realmente no me atrevo a contradecirla. Comprendo que debo fortalecer mi carácter y tomar alguna decisión por mi cuenta, pero, llegado el caso, obedezco lo que mamá dispone, aun que va-

ya contra mis deseos y aspiraciones.

Perales.— Todos tenemos nuestras aspiraciones, y yo ahora, aspiro a algo tan grande que de realizarse, sería uno de los hombres felices de la tierra.

Emilia.— Si usted me considera una buena amiga, podría contarme esa aspiración... aunque tal vez, sea imprudencia pedirlo.

Perales.— A nadie mejor que a usted puedo contárselo, porque es usted misma quien me ha causado esa aspiración.

Emilia.— ¿Yo? ¿Pero qué he hecho yo para ser la causante?

Perales.— Nada, Emilita, nada más que atraerme y enamorarme con su bondad y femineidad. Hace tiempo que la amo y ahora quiero decirle sencillamente que, si usted me acepta por marido, no tendría que arrepentirse y seríamos felices en nuestro hogar... ¿Puedo esperar una contestación favorable? ¿Porqué se turba usted? ¿Me ama Ud. también?

Emilia.— Sí, Genaro, también le amo.

Perales.— (*Estrechándole la mano*). Gracias, Emilia, gracias. ¿Acepta usted ser mi mujer?

Emilia.— Sí, Genaro, acepto gustosa.

Perales.— (*Besándole las manos*). ¡Qué feliz soy, que dichosos seremos; me parece un sueño. Ahora mismo pediré su mano a doña Modesta.

Emilia.— Mejor, todavía no; déjeme preparar primero el terreno; quiero evitar un choque ente ella y usted; yo, haciendo un esfuerzo de voluntad, se lo diré a mamá, luego le comunicaré el resultado.

Perales.— ¿Y cuándo lo sabré?

Emilia.— Puede usted volver el próximo Sábado.

Perales.— Pero, ¿cómo voy a esperar siete días sin verla y lleno de preocupaciones? Sea buena, Emilita, ¿veámonos a mitad de semana? La espero en la Plazuela Vicuña Mackenna el Miércoles a las seis de la tarde, aunque llueva o truene.

Emilia.— Iré sin falta; y entre tanto que Dios me dé carácter y valor para afrontar a mamá.

Perales.— Pero usted es mayor de edad y puede resolver por su cuenta; queriendo los dos, nos casamos y no hay más que decir ni qué pensar.

Emilia.— Ahora, Genaro, guardaremos nuestro secreto.

y seamos ante los de casa y amistades sólo dos buenos amigos.

Perales.—Conforme. Hoy vendrá también Manzano, que en confianza, me ha manifestado que ama a su hermana Cecilia. ¡Ah!, si pudiéramos hacer las dos bodas juntas. Con lo amigo que soy de Jaime, llegar a ser concuñados y otros parentescos que vendrían más tarde.

Emilia.—Que mamá no lo sepa todavía; así será menos difícil que me dé su consentimiento. (*Suena el timbre*). Esas deben ser dos hermanas literatas, de edad, que cuando se ponen a conversar con mamá de libros y escritores, se les hacen cortas las horas para mover la sin hueso.

Perales.—Parece que en esta casa hay epidemia de literatura; con tal que no se contagie Ud., Emilita; porque he de decirle francamente, que me desagrada por demás la mujer "cerebral" como dice su mamá. (*Suena el timbre*).

Emilia.—Pierda cuidado, Genaro. Estoy hastiada con tanto oír conversaciones literarias y créame que descansaré cuando vivamos en nuestra casita sin otras preocupaciones que las del diario vivir. (*Suena otra vez el timbre*)

Peta.—Voy ya.—(*Sale por la izquierda y cruza ligero la escena para abrir la puerta*).—Voy ya.—(*Se oyen las voces de las Aceituno que hablan con la Peta y luego aparecen las tres por el foro*). (*Peta hace mutis*).

Emilia.—Ya están aquí.—(*Adelantándose a recibir a dos señoras de edad algo estrafalarias en sus tenidas*).—Señorita Rosario, cuánto gusto. Señorita Mercedes, muy buenas tardes. Les presento al señor Perales.—(*A Perales*).—Las señoritas Aceituno. (*Se saludan*).—Tengan la bondad de tomar asiento.—(*Las Aceituno se sientan en el sofá*).—Avisaré a mamá.—(*Mutis por la derecha*).

ESCENA X

Rosario, Mercedes y Perales

(*Las Aceituno se ponen todo coquetonas*)

Mercedes.—Al señor Perales, seguramente le agradecerán las obras literarias. ¿Ha leído usted muchas novelas?

Perales.—He leído bastante. De preferencia, libros históricos y científicos.

Rosario.—Son interesantes también, pero no se pueden comparar con las novelas, porque la literatura aparta a los mortales de las pequeñeces de esta vida y las remonta, en alas de la fantasía, a regiones etéreas.

Mercedes.—Desgraciadamente, la juventud moderna es poco romántica; (*suspirando*). Ya no se encuentra un Efraín que ama con ese amor sublime a María, como nos cuenta Jorge Isaac.

Perales.—Es que los tiempos han cambiado; a mí me basta con ser sentimental.

Rosario.—Felizmente nosotras dos pertenecemos a la época del romanticismo y moriremos románticas. ¿Verdad, Mercedes?

Mercedes.—Ya lo creo, Rosario. El señor Perales ignora que cuando mi hermana y yo éramos jovencitas, estuvimos de novias con dos hermanos, pero nuestros pretendientes nos amaron con amor tan elevado, que no se decidieron a casarse con nosotras, por no convertir su romántico cariño, en algo tan vulgar como el matrimonio.

Perales.—¿Qué novedad! ¿El matrimonio vulgar? El matrimonio es la más completa felicidad que puede existir en este mundo.

Rosario.—¿El señor piensa casarse pronto?

Perales.—Si me dejan. (*Reaccionando*). Aunque no, por ahora no, tal vez con el tiempo... si encuentro una niña a mi gusto... pero todavía no la he encontrado.

Mercedes.—Con tantas mujeres que *hemos* en Chile. Tal vez será Ud. muy exigente. (*Mira lánguidamente a Perales*).

Perales.—Un poco, señorita Mercedes, un poco nada más.

Rosario.—El hombre siempre exige bastante al elegir compañera. La mujer tiene que conformarse con ser elegida.

Mercedes.—Si nosotras pudiéramos elegir, otra sería la faz del mundo. (*Suspira*).

Perales.—Lógico, ¿quién lo duda!

ESCENA XI

(*Modesta, Emilia y Cecilia, entrando por la derecha. Las dos Aceituno y Perales se levantan para saludar a doña Modesta y Cecilia. Emilia se sienta retirada de Perales; los dos disimulan.*)

Modesta.—Merceditas, Rosarito, perdonen si las he hecho esperar; pero siéntense. (*Cambiando de tono*). Buenas tardes, Perales, ¿y su amigo Manzano?, ¿vendrá también?

Perales.—No tardará en llegar, señora Modesta. (*Modesta se sienta con facha en el sillón del escritorio para darse importancia*). Aquí quedo muy bien.

Cecilia.—(*Aparte*). Mientras más visitas, más se luce mamá con la carta.

Modesta.—(*A las Aceituno*). ¿Terminaron ya de leer Pablo y Virginia?

Rosario.—Ayer la terminamos y lloramos tanto, cuando murió ahogada la tierna Virginia. (*Se lleva el pañuelo a los ojos*).

Mercedes.—Yo compadecí con toda mi alma al infeliz Pablo. (*Suspira*).

Cecilia.—Lo creo, son Uds. tan sensibles, tan románticas.

Modesta.—Y tan comprensibles.

Las dos Aceituno a la vez.—Somos todo corazón.

Perales.—(*Aparte*). ¡Qué par de violetas! (*Suena el timbre*).

Peta.—(*Entrando por la izquierda*). Güendar que han tocao reharto el timbre; ya me tienen hasta la coronilla. (*Ve a abrir la puerta*).

ESCENA XII

Cecilia.—¿Qué dice de poesías, Merceditas?

Mercedes.—Ninguna novedad.

Rosario.—Ha escrito una amorosa, que es preciosa; sublime.

Cecilia.—No se haga de rogar, ¿por qué no la dice?

Perales.—Estamos ansioso por oirla, señorita.

Mercedes.—(Tosiendo y buscando una pose apropiada. Acciona con exageración).

‘‘Iba por la vida, risueña y feliz,
hasta el aciago día que te conocí.
Primero, tus besos y suaves caricias
eran para mí inexperiencia
manantiales de puras delicias.
Después, tu indiferencia repentina,
y más tarde tu olvido,
nublaron mi senda y no sé cómo vivo.
Vivo de tu recuerdo, de nuestros días de sol,
y gozo sufriendo y ahondando este dolor.

Modesta.— ¡Estupenda! Tu estilo me recuerda el de Eduardo de Marquina

Perales.— ¡Me ha conmovido! Sus penas de amor son profundas.

Modesta.—Dime, Mercedita, ¿has vivido lo que dices en tu poesía?

Rosario.—(Ruborosa). ¡Sólo son fantasías!

Cecilia.— ¡Ocurrencias de ella! Como Merceditas va tanto al biógrafo capta las emociones.

Modesta.—A temprana edad yo hice mis ensayos poéticos; pero después, me dediqué sólo a la literatura, en la cual voy de triunfo en triunfo.

Mercedes.— Que te son muy merecidos.

Rosario.— Es hacerte justicia, solamente. (Suena el timbre).

Perales.—Ese debe ser mi amigo Jaime.

Peta.—(Entrando por la izquierda, cruza la escena, rabiando sola). ¡Recontra, qué sonajera!

(Mutis por el foro. Tras un momento de pausa entra Manzano por el foro, junto con Peta, quien hace mutis por la derecha).

ESCENA XIII

Dichos y Manzano

Manzano.—¡Buenas tardes a todos! (*Saluda a cada uno y se sienta al lado de Perales*). ¿Y cómo va su salud, señora Modesta?

Modesta.—Estoy algo resfriada y sufro a veces de accesos de tos, que me sofocan. (*Tose*).

Manzano.—No descuide su valiosa salud, señora, que las enfermedades hay que atacarlas al principio.

Mercedes.—Toma el pectoral araucano, que te probará bien.

Rosario.—Y después de las comidas, agua caliente con hojas de malvavisco; es santo remedio.

Modesta.—Los tomaré, gracias.

Perales.—(*Aparte a Manzano*). ¿Por qué te atrasaste?

Manzano.—(*Aparte a Perales*). Trabajando en el Ministerio; ni once alcancé a tomar. ¿Te preguntó por mí Cecilia?

Perales.—No se ha atrevido delante de la mamá.

Manzano.—Ojalá pueda hablar a solas con ella; vengo decidido a declararle mi amor.

Perales.—Felicítame, Jaime; puedo decirte que *Emilia y yo* somos novios.

Manzano.—Te felicito, chico. (*Mirando a Emilia y a Perales*). Pero no se nota.

Perales.—Doña Modesta aun no lo sabe y estamos disimulando.

Manzano.—Comprendo; buena táctica.

Modesta.—(*Con facha*).—Cecilia, avisa a la Peta que sirva el bufete.

Cecilia.—(*Levantándose*).—Al momento, mamá. (*Mutis por la izqueirda*).

Manzano.—(*Aparte a Perales*).—¡Al fin voy a servirme algo bueno!

Perales.—(*Aparte a Manzano*).—¿Te gusta la limonada?

Manzano.—¡Claro!, en el verano, y con bastante azúcar y hielo.

Perales.— Pues ahora la beberás en pleno invierno y desabrida.

Manzano.—¿Cómo lo sabes?

Perales.— Aquí siempre sirven la limonada con poca azúcar.

Manzano.—No embromes.

Perales.—¿Has comido pan de miel?

Manzano.—Cuando era niño.

Perales.—Ahora volverás a la infancia. Sírvete de todo, si quieres serle grato a doña Modesta.

Manzano.—Comprendido; me sacrificaré.

ESCENA XIV

Dichos, Peta y Cecilia

Peta.—(Entrando con una bandeja en la cual vienen vasos chicos con limonada aguada y un plato grande con rebanadas delgaditas y chicas de pan de miel. Una rebanada para cada persona).—Aquí está la bandeja repletita. ¿Dónde la apeo? (Risa de los dos jóvenes).

Emilia.—Colócala sobre esta mesa. (Se levanta y dice a Peta).—Sirve a las visitas primero. (Retira el plato de la bandeja y ofrece pan de miel a cada uno. Peta se acerca a las visitas, siguiendo las instrucciones de Emilia. Cada visita se sirve un vaso; las visitas mujeres rechazan el pan de miel; los dos jóvenes se sirven una tajada, cada uno).

Modesta.—¡Salud a todos!

Todos.—Salud. (Las visitas mujeres apenas la prueban. Los dos jóvenes se la sirven toda).

Rosario.—¡Está deliciosa!

Mercedes.—¿Quién la preparó?

Modesta.—Cecilia; es tan hacendosa.

Peta.—(Aparte).—Fuí yo... Güena la papa gorda. (Se queda con la bandeja en las manos para recibir los vasos).

Manzano.—(Aparte a Cecilia).— Sabrosísima, como preparada por usted.

Cecilia.—Favor suyo, Manzano.

Modesta.—(A Manzano).—Sírvese otra tajadita.

Manzano.—Con todo gusto; desde chico fuí goloso por el pan de miel.

Modesta.—¿Quiere repetirse, Perales?

Perales.—Ya lo creo; con lo que me gusta este pancito. (Manzano se atora. Perales le golpea el cuello y le levanta los brazos).

Perales.—Ya va pasando. Ya pasa.

Cecilia.—¿Le sirvo un vaso de agua?

Modesta.—Otro vasito de limonada será mejor.

Peta.—No hay más azúcar ni limonada, no hay más que agua de la llave.

Manzano.—No se molesten por mí; ya pasó.

Perales.—(Aparte).—Ya pasó el bocado amargo. (Peta recoge los vasos y hace mutis por la izquierda. Las Aceituno intentan retirarse y se ponen de pie).

Rosario.—(A Modesta).—Nos vas a disculpar, niña, pero tenemos que hacer, nos vamos a retirar, pues estamos rezando en casa una novena a San Antonio.

Manzano.—(Aparte a Perales).—Si le estarán pidiendo marido todavía.

Perales.—(Aparte a Manzano).—Le están pidiendo dos Efraínes.

Modesta.—(Conteniéndolas).—¿Pero qué apuro es éste? No las dejo irse todavía.

(Empieza a toser despacio).—Yá me empezó la tos; al principio siento un cosquilleo en la garganta y no cesa hasta que viene el acceso fuerte de tos.

Cecilia.—(Aparte).—¿Qué natural lo dice! ¿Se los está gozando a todos!

Modesta.—(Tose fuerte y largo. Se lleva el pañuelo a la boca, después a los ojos como si hubiese llorado del esfuerzo). No pueden irse todavía; tengo que contarles una novela fascinante que estoy leyendo.

Rosario.—¿Es amorosa?

Cecilia.—(Aparte).—¿Por qué demorará la Peta?

Modesta.—Amorosa, romántica, dramática y trágica.

Mercédes.—¿Cómo se llama?

Perales.—(Interrumpiendo).—De todo un poco.

Modesta.—(*Sorprendida*).— ¿La ha leído usted también, Perales?

Perales.—Claro que la leí. (*Aparte*).—(*La acerté sin querer*).

Modesta.—Ya la comentaremos. (*Aparte*). Y esta china sin venir con la carta.

Perales.—Para lo que cuestan los comentarios

Modesta.—(*Con carraspera*).— Cecilia, hijita, tráeme un vaso de agua tibia que me empezó el acceso de tos. (*Le hace un signo de inteligencia a Cecilia. Sigue tosiendo fuerte*).

Cecilia.—Al instante, mamacita. (*Aparte*). Comprendo la idea de mamá; apuraré a Peta para la entrega de la carta. (*Mutis por la izquierda*).

ESCENA XV

Dichos, Cecilia y Peta

Perales.—¡Qué catarro tan fuerte!

Rosario.—Parece bronquitis.

Rosario.—¿No se te ha pasado?

Mércedes.—Debes ver doctor.

Cecilia.—(*Entrando por la izquierda. Trae un vaso grande de agua. Detrás de ella viene escondiéndose Peta. La que hace mutis por el foro sin ser vista. Cecilia pasa el vaso de agua a doña Modesta*).—Bebe pronto, mamá; que viene tibiécita.

Modesta.—(*Tomando con ansias un trago largo*).— ¡Jesús! ¡Qué agua más picante!

Cecilia.— Como que le eché una cucharada sopera de ajolín.

Modesta.—Me arde el estómago.

Cecilia.—El ajo es contra la tos, mamacita.

Rosario.—Es excelente.

Mercedes.—En casa lo usamos todos.

Manzano.—Tómese otro buen trago, antes que se enfríe.

Perales.—Todo, bébalo todo, para que se alivie pronto.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Modesta.—(Tomando otro trago que le pica la garganta).—¡Ya es bastante por ahora! (Suena el timbre y largo).

(Cecilia le recibe el vaso que coloca encima de la mesa. Suena el timbre largo y se oye un golpazo en la mampara).

ESCENA XVI

Peta.—(Entra con facha por el foro y le pasa una carta a Modesta).—El cartero la trajo para usted, patrona. (Se la entrega a Modesta, (Aparte).—Hice bien la pará; me gané la propina. (Mutis por la izquierda).

Modesta.—(Cogiendo la carta).—¿De quién será?—(Leyendo el sobre).—¡Si es del Ateneo de Madrid! ¿Qué me comunicarán? (A Cecilia).—Léela tú, Cecilia, porque yo con la tos, no podría.

Cecilia.—Con todo gusto, mamá. (Coge la carta y la abre despacio).

Emilia.—¿Por qué no la leen esta noche, mejor?

Mercedes.—No sabía que mantenías correspondencia con el Ateneo de Madrid.

Modesta.—Hace ya algún tiempo.

Rosario.—¿Y cómo no lo habías contado, niña?

Modesta.—Por modestia; tú sabes cuánto me chocan las personas que hablan de sí mismas.

Mercedes.—Mayor mérito, hijita.

Rosario.—Muy propio de su discreción y modo de ser.

Perales.—(Aparte a Manzano).—¿Qué dices tú a esto?

Manzano.—(Aparte a Perales).—¡Que debían suprimir la lectura!

Rosario.—Lee pronto, chiquilla.

Mercedes.—Me consumo de impaciencia.

Cecilia.—(Leyendo con facha).—“Madrid, a primero de Agosto de mil novecientos treinta y dos.—Señora doña Modesta de Pantojas.—Santiago de Chile.

Cultísima señora nuestra: Hemos leído con sumo interés su apreciada carta de fecha 20 de Julio del presente año,

contestación a la nuestra, en que solicitábamos nos enviara usted alguna producción literaria suya, y con verdadero deleite hemos leído su inspirado trabajo literario "Soñar es poder", y sólo podemos elogiarla y admirarla, porque dicho trabajo es perfecto, desde el título hasta el punto final. La felicitamos muy cordialmente. También tenemos el alto honor de comunicarle que la hemos nombrado miembro honorario del Ateneo de Madrid; muy pronto aparecerá su valioso trabajo "Soñar es poder" en la prensa más representativa de la capital de la Península, pues usted, celebradísima señora, es honra y gloria de su lejana patria; mas, por los lazos intelectuales que nos unen a usted, egregia señora, sentimos a Chile dentro de nuestro corazón.

Quedamos en suspenso, esperando recibir su valiosa contestación.

El Directorio del Ateneo de Madrid, reunido en claustro pleno".

Rosario.—(Yendo a abrazar a Modesta).—¡Modesta! ¡Mis felicitaciones más sinceras!

Mercedes.—(Yendo a estrecharle las manos).— Niña. ¡Tu éxito es muy merecido!

Rosario.—Esa carta tan valiosa, debes conservarla siempre.

Mercedes.—Y colgarla en marco dorado, para que la lean cuantas personas entren en esta casa.

Perales.—Merece ser publicada.

Rosario.—En todos los diarios de Santiago.

Manzano.—Yo me encargaré de ello, si usted señora Modesta, me autoriza.

Modesta.—Gracias a todas, mis buenas amigas. Necesito pensar algunos días la decisión que tomaré.

Manzano.—(Asombrado al ver el triunfo inesperado de doña Modesta, dice aparte a Perales).— Y yo que dudaba del talento literario de doña Modesta.

Perales.—(Aparte a Manzano).— Pues yo, sigo dudando, para mí, es sólo una vieja chiflada.

Emilia.—(Aparte).—Entonces era yo, la que no comprendía el mérito literario de mamá.

Cecilia.—(Aparte).—Se la tragaron; ya somos famosas.

Mercedes.—Los Ateneístas de Santiago querrán contar-te también entre ellos.

Modesta.—Ya me lo han propuesto repetidas veces, pero yo por modestia, no he aceptado.

Rosario.—Ahora te verás obligada a hacerte Ateneísta.

Mercedes.—De no aceptar, se sentirían ofendidos tus compatriotas.

Modesta.—Quizás para evitarles el disgusto aceptarí; pero soy enemiga de que se sepan mis triunfos. Hago honor a mi nombre.

Rosario.—Piénsalo bien; ya nos vamos para alcanzar a rezar la novena a San Antonio que concede imposibles.

Mercedes.—¿Cree Ud. en los milagros, señor Perales?

Perales.—Sí, precisamente, San Antonio acaba de hacerme uno.

Mercedes.—¡Ay, bueno! (*Levantándose*).

Rosario.—(*Levantándose*).—Y Ud., señor Manzano. ¿Cree en los milagros?

Manzano.—Voy a creer si obtengo lo que quiero.

Mercedes.—Estoy segura que San Antonio, se lo concede (*a Rosario*). Nosotras estamos disponibles.

Rosario.—Por supuesto.

Modesta.—Ahora no las detengo. Hasta el próximo sábado sin falta. (*Con intención*). Ud., Perales, podría acompañarse con las Aceituno; viven en el mismo barrio. Y Ud., Manzano, va acompañando a su amigo inseparable.

Rosario.—Acertada la idea.

Emilia.—Perales no se va. Yo no lo dejo irse.

Perales.—A su lado me quedo.

Manzano.—Y yo los acompaño un rato más.

Mercedes.—(*A Cecilia*). Dedicaré a Modesta un soneto. Guárdame el secreto.

Cecilia.—A nadie se lo diré, se lo prometo. (*Saliendo*).

Modesta.—(*Saliendo*).—Las acompañaré hasta la mampara.

ESCENA XVII

Manzano.—(*Mirando al foro, dice apurado a Cecilia*). Quiero aprovechar estos momentos para preguntarle cuán-

do podemos conversar tranquilos, porque necesito hablar con usted seriamente, Cecilia.

Cecilia.—¡No me asuste! ¿De qué se trata? Dígamelo ahora mismo.

Manzano.—(*Mirando nervioso al foro*).—¿Y si vuelve su mamá?

Cecilia.—Pierda cuidado, la despedida con las Aceituno, se alargará buen rato.

Manzano.—Cecilia, ¿sabe usted por qué vengo seguido a esta casa?

Cecilia.—Será por oír hablar de literatura.

Manzano.—Vengo únicamente por verla a usted; porque la amo, Cecilia; y si usted me corresponde, deseo nos casemos pronto.

Cecilia.—Jaime, por Dios, qué declaración tan repentina. Como no estaba preparada, la verdad es, que no sé qué contestarle.

Manzano.—Tengo que aprovechar los momentos; doña Modesta puede interrumpirme, pero dígame: ¿la he molestado con mi declaración?

Cecilia.—¡Nada de eso! Pero estoy sorprendida.

Manzano.—(*Más nervioso, mirando al foro*).—Ahora mismo necesito saber su contestación, porque es tan difícil poder conversar tranquilo con usted.

Cecilia.—Me es muy simpático, Jaime; y si mi mamá no se opone, me casaré gustosa con usted.

Manzano.—¿Y si doña Modesta se opone?

Cecilia.—Yo sólo me casaré con quien consienta mi madre, porque, como ella es tan inteligente y tan culta, no podría ir yo, contra su voluntad.

Manzano.—Ella no tiene por qué rechazarme; soy hombre de honor y trabajador y la amo a usted sinceramente.

Cecilia.—Gracias, Jaime, gracias; no lo dudo; pero mamá siempre se ha manifestado contraria, al matrimonio de sus hijas.

Manzano.—¿Qué razones da para oponerse a que ustedes se casen?

Cecilia.—Dice que por la experiencia que adquirió en sus años de casada, no desea que nosotras nos casemos, por ahora.

Manzano.—Pero el padre de Uds. fué una buena persona. ¿De qué se lamenta su mamá?

Cecilia.—De la incomprensión de papá; porque como él no era literato.

Manzano.—Valiente motivo. La incomprensión fué de ella, en todo caso.

Cecilia.—Jaime, por favor, no se exprese así de mamá; porque me disgusta.

Manzano.—Bien Cecilia; lo importante para mí es saber si usted me autoriza para hablar con doña Modesta, lo más pronto posible.

Cecilia.—Yo le indicaré el momento oportuno. ¡Y que la suerte nos favorezca!

ESCENA XVIII

Dichos y Modesta entrando por el foro

Modesta.—(*Aparte*).—Qué juntas están las dos parejas: voy a separarlas al momento. (*Tose*). (*En voz alta*). El cielo está resplandeciente; la luna llena, se pasea majestuosa, entre millares de rutilantes estrellas que la circundan; voy a mirarlas por el telescopio.

Manzano y Perales, ¿me acompañan? Quiero explicarles algo de astronomía. (Al oír toser a doña Modesta, los jóvenes se separan sobresaltados de las niñas y están disimulando).

Manzano.—(*Parándose*).—Encantado, señora Modesta. (*Aparte*).—¡Qué vieja tan inoportuna!

Perales.—(*Parándose*).—La oiré con toda atención, señora. ¡Maldito telescopio! (*Van hacia el telescopio doña Modesta y los dos jóvenes*).

Modesta.—(*Mirando por el lente del telescopio*).—Qué cerca se ven los astros, ¿verdad? Es por el poder del lente que acorta las distancias.

Manzano.—Parece fácil tomar la luna con la mano.

Perales.—Y clavarse algún dedo con la punta de una estrella.

Modesta.—Este telescopio es muy potente. Con decirles que lo encargué especialmente a Egipto.

Cecilia.—(*Aparte*).—Se lo creyeron; cuando lo remató donde Araya.

Manzano.—(*Mirando con atención por el lente*). — Allí pasó corriendo una estrella.

Perales.—(*Mirando también por el lente*).—¡Con qué rapidez! ¡Fué una exhalación!

Modesta.—(*Con tono doctoral*).—Según la ciencia astronómica, cuando corre una estrella, significa, que un alma va al cielo.

Manzano.—Maravilloso. Nunca lo había oído. — (*Aparte*).—Es más viejo que

Perales.—Ni yo tampoco.—(*Aparte*).—Pura superstición.

Modesta.— Es poco sabido, porque sólo se lee en los textos más adelantados de astronomía. ¿Ven hacia allá, esa cruz brillante formada por varias estrellas parpadeantes? Se llama la Cruz del Sur.

Manzano.—No la conocía.—(*Aparte*).—¡Qué novedad tan vieja.

Perales.—Yo, ni de vista.—(*Aparte*).—La veo todas las noches.

Modesta.—Ahora la veo algo corrida para el Norte.

Manzano.—Y ¿qué la corre?

Modesta.—El viento norte, la corre para el norte.

Perales.—Y el viento Sur, ¿la correrá para el sur?

Modesta.—Algunas veces. Ahora miren fijamente la luna. ¿Le divisan ustedes unas manchas negras? ¿Qué distinguen en ellas?

Manzano.—No distingo nada.

Perales.—Sólo veo manchones borrosos.

Modesta.—Abran bien los ojos y miren sin pestañear y empezarán a distinguir. Yo veo perfectamente que va San José caminando y a la Virgen María, con el niño Jesús en brazos que va cabalgando en el burro.

Manzano.—Ya voy distinguiendo algo.

Perales.—Estoy empezando a ver claro.

Modesta.—¿Distingue algo más, Manzano?

Manzano.—Distingo a San José.

Modesta.—¿Y usted, Perales?

Perales.—Yo columbro a la Virgen María.

Modesta.—¿Ven el burro?

Perales.—Perfectamente; está moviendo el rabo.

Manzano.—Ahora levanta la pata delantera izquierda. Qué lástima que le falta la herradura.

Perales.—Te equivocas. Donde le falta la herradura es en la pata trasera derecha.

Manzano.—Te digo que en la pata delantera izquierda.

Perales.—Sostengo que es en la pata trasera derecha.

Modesta.—(En tono solemne).—No discutan más. Ambos dos a dúo, tienen razón; porque el burro no lleva herraduras.

Manzano.—Bien decía yo.

Perales.—Y yo también estaba en lo cierto.

Modesta.—Veo que les interesa la Astronomía; con mis concienzudas explicaciones adelantarán bastante; todos los Sábados les haré una clase.

Manzano.—Gracias, señora. (Mirando a Cecilia). No perderé ningún Sábado.

Perales.—Por mi parte, seré puntualísimo.

(Mirando a Emilia, Perales se sienta al lado de ella y Manzano al lado de Cecilia).

Modesta.—(Siguiendo hablando sola al lado del telescopio).—Estoy orgullosa de mi telescopio, no lo cambiaría ni por las perlas de Cleopatra. (Lo tapa cuidadosamente). Voy a abrigarlo bien, que no se empañe el lente.

Perales.—(Aparte a Emilia).—Tu madre es insoportable.

Emilia.—Ya me tiene cansada. —(Aparte a Perales).

Manzano.—(A Cecilia).—¿Qué señora más original! Es una caja de sorpresas! (Siguen conversando).

Cecilia.—Mamá es única; sabe de todo. Yo cada día, la admiro más.—(Siguen conversando).

Modesta.—(Poniendo mala cara al ver de nuevo junto a las dos parejas, dice aparte).—Esto no lo tolero; les hablaré claro para corretearlos.—(Se sienta en el sofá y conversa a todos).—No les había contado, que las Aceituno, me dieron la noticia que Clarisa Moya se casa este Domingo con Tristán Bermejo. Yo considero un disparate esa boda, porque Clarisa es tan joven.

Emilia.—Pero mamá, si Clarisa Moya tiene treinta y cinco años.

Cecilia.—Y Tristán Bermejo, cuarenta y ocho.

Manzano.—(Aparte).—¡Vaya una tierna pareja!

Perales.—Los dos ya saben bien lo que hacen.

Emilia.—Clarisa está realmente enamorada.

Cecilia.—Y son novios más de diez años.

Modesta.—A los treinta y cinco, una niña es todavía muy joven para entrar a soportar la prosaica vida conyugal.

No pasarán tres años cuando Clarisa ya estará completamente arrepentida de haberse casado.

Emilia.—Tristán es serio y buena persona; puede hacerla feliz.

Modesta.—Todos los novios parecen buenos, pero después de casados, descubren sus mañitas. Yo no me fío.

Manzano.—Hay excepciones, señora Modesta.

Perales.—No todos los matrimonios son desgraciados; además, la mujer tiene su compensación, porque luego vienen los hijos que son su consuelo.

Modesta.—¡Los hijos! Los hijos sólo sirven para encadenar a la madre; quien pasa a ser la china de su hogar, sin sueldo ni libreta de Seguro. Ahora, si ella tiene ambiciones intelectuales, no puede dedicarse de lleno a perfeccionar su intelecto por criar los hijos.

Manzano.—Pero cuando los hijos crecen, devuelven a su madre los cuidados que ella les prodigó. Ya ve usted, señora Modesta, tiene sus dos graciosas hijas, y, ¿qué mejor puede pedirle a la vida?

Perales.—Las dos son los mejores adornos de su hogar.

Cecilia.—Gracias. Son ustedes muy cumplidos y amables.

Emilia.—No me confundan.

Modesta.—Las dos son dichosas a mi lado; porque felizmente, no tienen que contemplar maridos, ni soportarles sus rarezas y vulgaridades.

Perales.—Pero algún día tendrán que casarse.

Manzano.—Es ley de la vida que las niñas se enamoren y se casen para formar su hogar.

Emilia.—Natural.

Cecilia.—Lógico.

Modesta.— ¡Dios las libre de enamorarse! Porque las niñas enamoradas, cometen sólo disparates y el mayor que pueden cometer, es precisamente, casarse enamoradas.

Manzano.—(AnsiOSO).—Así que usted, señora Modesta, ¿se opondría a que sus hijas se casaran?

Modesta.—Rotundamente. Por ahora Emilia y Cecilia son sólo unas chiquillas y no permitiré se compliquen la vida con el famoso matrimonio.

Perales.—Recuerde, señora Modesta, que todos somos mortales y si algún día le faltara usted, quedarían las dos muy solitas en esta casa.

Manzano.—Estando usted viva, podría ayudarlas con su penetrante intuición, a hacer una buena elección.

Perales.—Y más tarde, gozaría con sus nietecitos, ya que dicen que quien sabe de abuelo, sabe de bueno.

Manzano.—¡Justo! Ellos la distraerían con sus gracias infantiles.

Modesta.—No me interesan, mi tiempo ya está enteramente tomado por la literatura.

Perales.—Por lo dicho, usted dejará sin casarse a Emilia y Cecilia.

Manzano.—Y se concluirá el ilustre apellido Pantojas, lo que sería por demás lamentable.

Modesta.—No es mi intención que mis hijas se queden solteronas, eso ni por nada. Después que cumplan cuarenta y cinco años, ya deben casarse, y con quienes quieran.

Emilia.—Y si no alcanzamos a vivir hasta esa edad.

Modesta.— Mueren solteras y más tranquilas; porque saben que no le harán falta a nadie.

Cecilia.—Pero a esa edad, ya es difícil encontrar novio, mamá.

Emilia.—Y si alguien nos hubiese pretendido, ya estaría casado con otra.

Modesta.— Se casarán entonces con quienes puedan; aunque sea con un barrendero o con un basurero, pero se casan; y no me discutan más.—(Parándose).—Vamos Cecilia, necesito descanso; porque con esta desagradable conversación, ya empieso a sentir jaqueca.

Cecilia.—(*Acude a tomarla del brazo*).—Bueno, sería mejor, te acostaras al momento.

Modesta.—Imposible, el gran astrónomo Nuño anunció que esta noche pasará como a las doce un enorme cometa, y estoy toda curiosa por divisarle la cola.

Cecilia.—Yo me encargaría de despertarle a las once y así descansarías unas buenas horas.

Modesta.—¿Y si se le ocurre al cometa pasar antes? No podría dormir tranquila, hija, no podría.

Cecilia.—Cúidate, mamá, por favor.

Modesta.—Aunque me agrave, todo, antes de abandonar esta noche mi telescopio.—(*Cortante*).—Con permiso, jóvenes. (*Mutis de Modesta y Cecilia por la derecha*).

ESCENA XIX

Emilia, Manzano y Perales

Manzano.—Estamos lucidos.

Perales.—¡Vaya una idea estrambólica! ¡Miren que no permitir que sus hijas se casen hasta cumplir los cuarenta y cinco años!

Emilia.—No se desesperen; tengan paciencia.

Perales.— Es que la paciencia dura hasta que se acaba.

Manzano.—Lo mismo digo yo. Páseme un cigarrillo, Genaro; quiero ahumar el disgusto.

Perales.—(*Perales se busca en los bolsillos*).—Disculpa, hombre, no los traje.

Manzano.—Si usted lo permite, Emilia, saldré a comprar una cajetilla.

Emilia.—Podría ir la Peta por ellos.

Manzano.—Prefiero ir yo mismo; necesito andar y tomar aire; estoy desesperado. (*Mutis por el foro*).

ESCENA XX

Emilia, Perales y luego Peta

Perales.—Por piedad, Emilia, ponte firme y no permitas que tu madre nos deshaga la boda.

Emilia.—Calma, Genaro, calma; con el tiempo todo se arreglará; yo convenceré a mamá.

Perales.—Si yo quiero que nos casemos pronto. Acuérdate que ya eres mayor de edad y que no necesitas su consentimiento.

Emilia.—Ciertamente; pero es mejor arreglar todo, por la buena.

Peta.—(*Entrando por la izquierda*). — Diga iñorita Emilia, como usted es tan regüena conmigo, le voy a largal un secreto; pero no meche al agua, pué.

Emilia.—¿A qué viene tanto misterio? Cuenta pronto.

Peta.—Es que si la patrona lo malicea me planta de patitas en la calle.

Emilia.—Pierde cuidado y dime lo que sepas.

Peta.—Elante di ño Perales me da güergüenza.

Perales.—No seas vergonzosa, Peta; habla no más.

Peta.—Es que primero tiene el patroncito que jurarme que no la cantaré.

Perales.—Te lo juro; yo no canto.

Emilia.—Si no te atreves ahora, ya me lo contarás a mí sola.

Peta.—Es quies muy divertío, si es pa ridirse harto.

Perales.—Me estás intrigando.

Emilia.—¿Tiene gracia?

Peta.—Si es pa morirse de la pura risa. —(*Se ríe*). — Oiga, yo mei revorcao riéndome.

Perales.—No te rías antes de contarle.

Emilia.—Si no hablas pronto, ¡ándate, a la cocina!

Peta.—Tengo que largal la papa primero. —(*En tono de chisme*). — Afíjese iñorita Emilia, que mi patrona, ante que llegaran las visitas, me entregó una carta y me dió la orden que hiciera la pará como quel cartero se la treida pa ella

y se la pasara ilante e las visitas pa serlos lesos. (*Se ríe fuertemente*).

Emilia.—¿A qué carta te refieres?

Perales.—(*Comprendiendo*)— ¡Ah! Ya caigo. Es la famosa carta del Ateneo de Madrid.

Emilia.—¡Pero esto es indigno! Y tú Peta, ¿por qué te prestas para eso?

Peta.—¡Qui no liba hacel es qué! Lo hice pa ganalme los durce y la ida al biógrafo, que harto me gustan!

Emilia.—¡Retírate, Peta! Estoy pasando un mal rato.

Perales.—Mejor ríete, Emilia, qué culpa tiene la pobre Peta de todo esto.

Emilia.—¡Ninguna! Pero, ¡ándate a la coçina!

Peta.—(*Apenada*).—Y yo qui lo conté pa velos contentos. Ya me voy. Pero no me vayan a echal al agua, pué.

Emilia.—Anda tranquila que no te acusaremos.

Peta.—(*Aparte*).—Me paralila qui metí la pata.

Emilia.—Anda tranquila que no te acusaremos.

Peta.—(*Aparte*).—Me paralila qui metí la pata hasta la caera. (*Mutis por la izquierda*).

ESCENA XXI

Emilia y Perales

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Emilia.—(*Paseándose nerviosa*).—Esto es indigno; ya estoy cansada de soportar las ridiculeces de mamá.

Perales.—Nada debe asombrarnos viniendo de doña Modesta.

Emilia.—¡Qué vergüenza! ¿Y si la descubren? Ninguna necesidad tiene de rebajarse a ese extremo.

Perales.—Es que tu madre sufre del delirio de Popularidad.

Emilia.—Le importa más su falso renombre de escritora que nuestro buen nombre; pero no estoy dispuesta a seguir tolerando tantos disparates.

Perales.—(*Persuasivo*).—Tienes el remedio en la mano.

Emilita; casándonos, ya sales de su lado . . . , pero chica, se me ocurre una gran idea . . . ¡Ya estamos salvados!

Emilia.—Piensa tú por mí. Yo estoy desorientada.

Perales.—Alégrate, Emilita, antes de fin de mes, seremos marido y mujer. Déjame desempeñarme a mi idea; tú, apóyame en lo que yo diga, ya verás cómo triunfaremos.

Emilia.—Todo antes que me crean cómplice en sus fantochadas; defenderé mi felicidad. (*Se toman de las manos*).

ESCENA XXII

(*Dichos y Manzano entrando por el foro. Viene Fumando*).

Manzano.—Los veo muy contentos. ¿A qué se debe ese aire de felicidad?

Perales.—Te convidamos a nuestra boda; nos casamos a fin de mes.

Manzano. — ¡Vivan los novios! Y dime: ¿cómo le arrancaste el consentimiento a tu suegra?

Perales.—Ni se lo he pedido todavía. Pero estoy seguro que me lo dará; pierde cuidado.

Manzano.—Ilusión tuya; lo que te dará será una disertación literaria y otra astronómica.

Perales.—Me río de la literatura y de la astronomía. Al diablo con sus pretensiones "cerebrales".

Manzano.—¡Chico, que estás gallo! Es bien rara esta señora. ¡Mira que empecinarse en dejar a sus hijas para vestir santos!

Perales.—Lo hace para darse importancia . . . y criar fama de original . . . y que hoy recibió una carta demasiado original. (*Recalcando la última frase*).

Emilia.—(*Aparte a Perales*).—Cállate, por favor.

Perales.—(*En voz alta*).—Espero, Jaime, que todo se arreglará y pronto seremos cuñados.

Manzano.—(*Contento*).—Ojalá tu boca dijera verdad.

Perales.—Ya llegan, valor y triunfaremos.

ESCENA XXIII

Dichos, Modesta y Cecilia entrando.

Perales.—(*Exaltado*).—Emilia es mayor de edad y está harta de oír hablar de literatura y de astronomía.

Manzano.—(*Aparte a Perales*).—Ponte bravo y pídesela de una vez.

Modesta.—¿Es cierto, Emilia, que te casas con este mozalbete?

Emilia.—Sí, mamá; Jenaro ya tiene mi consentimiento. Tratemos de arreglar la boda en paz.

Modesta.—Jamás, óyelo bien, jamás tendrás mi consentimiento. Lo juro por mi telescopio.

Perales.—Y yo lo juro por la famosa carta del Ateneo de Madrid, que seré su yerno y usted mi suegra.

Modesta.—Cecilia, dame agua, que me ahogo. (*Se abanica con las manos*).

Perales.—No se ahogue todavía. Jaime tiene también que hablar con usted.

Modesta.—No quiero oír nada más; váyanse, mejor.

Manzano.—(*Aparte*). — O ahora o nunca. (*A doña Modesta*).—No será antes de decirle que amo a Cecilia y que esperamos sólo su consentimiento para fijar la fecha de la boda.

Modesta.—Los dos se han propuesto matarme... pero usted, Manzano, pierde sus palabras. (*A Cecilia*).—Cecilia, tú no abandonarás a tu madre, ¿verdad?, ni mucho menos por este pelagato.

Cecilia.—(*Rogándola*). — Mamacita linda, dame tu consentimiento; no te juegues mi porvenir.

Modesta.—Nunca te lo daré; detesto a ese monigote, por ser amigo del repelente de Perales.

Cecilia.—(*Cariñosa*).—Por mí no te aflijas, mamá. Todo, antes de verte disgustada.

Manzano.—¿Piensas bien lo que dices, Cecilia? No por un capricho de tu madre, me vas a hacer desgraciado.

Cecilia.—Yo también sufro; pero temo por la salud de mamá; me quedo a su lado para cuidarla.

Manzano.—(*Burlón*).—Que se consuele con las novelas y el telescopio.

Perales.—(*Burlón*). — Los hijos de su cerebro enfermizo.

Modesta.—Vulgares, procaces; no alcanzan a comprender mi superioridad intelectual.

Perales.—¡No me haga reír!

Emilia.—(*Aparte a Perales*).—Retírese, mejor, Jenaro; se desquitará conmigo.

Perales.—(*Aparte a Emilia*). — Déjame. (*Enérgico a doña Modesta*).—Mañana mismo saldrá publicado en todos los diarios de Santiago que Emilita y yo nos casamos a fin de mes, y ya sabe doña Modesta, que si usted me desacredita, yo también diré algo que a usted no le conviene que lo comenten sus amistades literatas.

¡Vámonos, Jaime!

Modesta.—¡A qué se refiere! No crea que me asusta.

Perales.—Emilia se lo dirá.

Manzano.—¡Cecilia! Voy a perderte para siempre.

¡No me das la menor esperanza?

Cecilia.—Si realmente me amas, espérame, hasta que cumpla los cuarenta y cinco años. (*Llorosa*).

Manzano.—Eso es casi una burla.

Te pregunto por última vez. ¿Puedo publicar que hemos concertado nuestra boda?

Cecilia.—Mamá se atacaría.

Manzano.—Los ataques pasan. Tú también eres mayor de edad; ella no tiene derecho a separarnos para siempre.

Modesta.—(*Furiosa*).—¡Mayor de edad, la mayor de mis hijitas! Falso, de toda falsedad. Cecilia sólo tiene dieciocho años.

Perales.—¡Saca mal las cuentas, mi encantadora suegra!

Modesta.—Las dos son unas niñas todavía. Emilia sólo tiene veinte años.

Perales.—Que tiene veinte años, no lo dudo, pero falta agregarle varias unidades.

Manzano.—¿De modo, Cecilia, que sólo Emilia y Jenaro serán felices?

Modesta.—Cecilia es mi hija buena; y hará lo que yo

le ordene. Retírense pronto los dos; porque no respondo de mí.

Perales.—¿Piensa dispararnos las novelas por la cabeza?

Manzano.—¿O aturdirnos con el telescopio?

Modesta.—Cecilia, recógete en tu habitación; Manzano te hace mala sombra.

Cecilia.—Ya voy, mamácita. Adiós Jaime.

(Llorosa).—Yo también te quiero, pero mi madre está antes que todo en el mundo, para mí.

Manzano.—*(Aparte).*—¡Maldición! Pero me las pagarás por ingrata. *(Irónico).*—Está bien, Cecilia; sigue los absurdos consejos de tu madre, que te harán desgraciada. Pero escúchame algo más. espérame que cuando cumplas cuarenta y cinco años, volveré a buscarte. pasaré de basurero, para que tu madre me acepte por marido tuyo.

Cecilia.—Pero, ¿hablas en serio?

Manzano.—Te repito que pasaré de basurero y... aprovecharé la ocasión para echar a la original suegra al carretón de la basura. Vamos, Jenaro.

Perales.—*(Aparte).*—Bien dicho.

Modesta.—¡Insolente! Me ahogo... ¡Ay!... ¡Socorro!

(Se desmaya, Cecilia corre a su lado a socorrerla)

Cecilia.—*(Indignada, a Manzano):* ¡Hemos terminado para siempre!

Manzano.—Bien. Aceptado.

Perales.—*(A Cecilia).*—Dele a tomar una buena dosis de cordura.

Cecilia.—Atrevidos; si mamá pierde la razón, ustedes dos serán responsables.

Manzano.—¡A lo mejor recupera!

Perales.—*(Interrumpiendo).*—Con la impresión.

Cecilia.—Por ustedes, se ha desmayado.

Manzano.—Es exagerada hasta para desmayarse.

Perales.—*(Burlón).*—A lo mejor es un desmayo "cerebral".

Cecilia.—*(Furiosa).*—Salgan pronto de mi casa.

Manzano.—Vámonos, Jenaro; antes que vuelva en sí esta vieja del desmayo.

Impreso
en los talleres
de la Editorial "Cultura"
Avenida 203-A - Teléfono 68709
Sancti Spiritus de Cuba

1941

